

LO SOCIAL EN LA LITURGIA Y LOS SACRAMENTOS: DOCTRINA Y «RECEPCION»

Nadie duda que la liturgia y los sacramentos comportan también una dimensión social, integrante de su verdad plena. Sin embargo, como ha hemos explicado en otro lugar ¹, a lo largo de la historia ni la liturgia ni los sacramentos han expresado siempre de forma adecuada esta dimensión social: «Unas veces, se les ha expulsado de la vida, otras se los ha domesticado para la vida; con frecuencia se los ha reducido a simple rito social, y más frecuentemente se les ha vaciado de todo contenido y dimensión social». Pero, la pregunta a la que queremos responder hoy es esta: ¿En qué medida se recoge adecuadamente esta dimensión en la concepción y enseñanza litúrgico sacramental de la Iglesia actual? ¿Con qué términos se expresa la relación entre liturgia, vida comunitaria y compromiso social? ¿Es suficiente este nivel de conciencia doctrinal para una adecuada «recepción» en la fe y en las manifestaciones litúrgicas del pueblo? ².

Para intentar responder con rigor a estas preguntas, nos proponemos estudiar el tema en el Vaticano II, en los Papas Pablo VI y Juan Pablo II, en el Documento de Puebla, y en algunos representantes del episcopado europeo. Somos conscientes de que no podemos

1 El tema lo hemos expuesto en diversos lugares desde distintas perspectivas: D. Borobio, *La dimensión social de la liturgia y los sacramentos* (Bilbao 1990); Id., *Liturgia y compromiso social, Phase*, 181 (1991) 49-66.

2 Como comprenderá el lector, es imposible ofrecer aquí un análisis de este aspecto en todos los documentos conciliares y posconciliares. Nuestro sondeo es, sin embargo, suficientemente significativo. El aspecto que abordamos no conocemos haya sido tratado de modo expreso por otros autores, aunque en diversos lugares se ha estudiado y estudia el tema de la recepción. Sobre este punto, por ejemplo: Y. M. Congar, 'La «reception» comme réalité ecclésiologique', *Revue de Sc. Phil. et Théol.*, 56 (1972) 369-403; M. M. Garijo Guembe, 'El concepto de «recepción» y su enmarque en el seno de la eclesiología católica', *Sal Terrae*, 4 (1983) 253-262; D. Borobio, 'La «recepción» de la reforma litúrgica. De la reforma «dada» a la reforma «recibida»', *Phase* 147 (1983) 377-401; A. González Montes (ed.), *Iglesia, teología y sociedad veinte años después del segundo Concilio del Vaticano* (Univ. Pontificia de Salamanca 1988).

abarcar todos los escritos ni agotar el tema. Pero creemos que la «muestra» es más que suficiente, para pulsar la sensibilidad litúrgica social del magisterio de la Iglesia. El método que, como es lógico, se nos impone, es el de una selección temática, para un análisis comparativo, que nos lleve a conclusiones válidas, en orden a una valoración adecuada del aspecto tratado y de su lugar en la liturgia actual ³.

1. VATICANO II

a) *Sacrosanctum Concilium*

En SC encontramos sólo algunas afirmaciones más bien aisladas que aluden a este aspecto o dimensión social de la liturgia:

— La liturgia, al ser «la cumbre y la fuente» de la vida eclesial, «enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo» (n. 10).

— En sí misma, la liturgia, sobre todo la eucaristía, «tiene una naturaleza pública y social» (n. 27), que urge a una celebración comunitaria, y a una participación plena y ordenada de todos los fieles» (nn. 28-30).

— En la celebración litúrgica debe aparecer sobre todo la común dignidad, la igualdad y fraternidad de todos los fieles. Por eso, «no se hará acepción alguna de personas o de clases sociales, ni en las ceremonias ni en el ornato externo» (n. 32).

— Dado que la liturgia es «bien común» de pueblos muy diferentes, es necesaria una adaptación a la mentalidad y tradiciones de los pueblos... Pues la Iglesia «respeto y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos» (n. 37, Cf. 38-40).

Estas son las afirmaciones más importantes sobre nuestro tema en todo el cap. I, dedicado a cuestiones de liturgia general. Es bien poco, como puede apreciarse. Ningún párrafo, ningún número dedicado a la «liturgia de la vida», ni a la relación de la liturgia con los compromisos sociales, o con los grandes valores de la justicia, igualdad, solidaridad, paz...

En los capítulos siguientes, al proponer y pedir la reforma de las diversas partes de la liturgia, sólo encontramos igualmente leves alusiones a la dimensión social:

³ Un estudio posterior mostrará en qué medida ese aspecto está presente en las estructuras y formas, en los gestos y ritos, en las fórmulas y textos de la liturgia actual de la eucaristía.

— La gracia que procede del misterio pascual es la gracia que nos santifica, tanto en la vida como en los sacramentos, y «hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y a la alabanza de Dios» (n. 61). La vida diaria tiene, en este caso, un carácter y naturaleza litúrgica.

— Entre las celebraciones cristianas, el domingo ocupa un lugar privilegiado. «Por esto, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo» (n. 106).

— Durante la cuaresma debe alimentarse el sentido penitencial en los fieles, inculcándoles, «junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia» (n. 109). Y es que «la penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social» (n. 110).

Estos son los únicos como «indirectos detalles» que aparecen en todo lo que se refiere a la eucaristía (cap. II), los otros sacramentos y sacramentales (cap. III), el oficio divino (cap. IV), el año litúrgico (cap. V), la música sagrada (cap. VI), y el arte y los objetos sagrados (cap. VIII). En verdad, aunque pueda explicar algo de esta laguna el que la SC fue el documento primero del Vaticano II, cuando todavía no se había reflexionado ni elaborado la LG o la GS, o la AA y la AG, sin embargo parece difícil de explicar el que, a lo largo de todos estos capítulos, apenas se diga nada al respecto.

b) *Lumen Gentium*

La concentración ritual de la SC se ve verdaderamente enriquecida por una mayor atención y explicitud de la «liturgia existencial» en la LG. Es suficiente recordar los lugares más importantes al respecto:

— Ningún lugar como el de la LG 34 resalta la liturgia existencial de la vida cristiana, por la que se ejerce el «oficio sacerdotal» y se ofrece un «culto espiritual», que culmina en la eucaristía y hace de los fieles laicos «adoradores» y «consagradores» del mundo:

«Pues a quienes asocia íntimamente a su vida y a su misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, con el fin de que ejerzan el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo cual, los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados, para que en ellos se produzcan siempre los más ubérrimos frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechas en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan

pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mismo mundo a Dios».

El texto no olvida ningún aspecto importante de comprensión: el fundamento cristológico (sacerdicio), pneumatológico (transformación del Espíritu) y eclesial-sacramentalógico (iniciación cristiana), que capacitan y dan la misión de hacer de la vida una liturgia permanente, el «Espíritu y verdad», tanto en los trabajos y descansos, cuanto en las alegrías y las penas, siempre en conexión con la eucaristía, lo que hace del laico un verdadero testigo y consagrador del mundo.

— Los fieles laicos participan también de la «misión profética» de Cristo, quien los «constituye testigos, y los dota del sentido de la fe y de la gracia de la palabra, para que la virtud del evangelio brille en la vida diaria, familiar y social... incluso a través de las estructuras de la vida secular... Esta tarea resalta el gran valor de aquel estado de vida santificado por un especial sacramento, a saber, la vida matrimonial y familiar... Por consiguiente los laicos, incluso cuando están ocupados en los cuidados temporales, pueden y deben desplegar una actividad muy valiosa en orden a la evangelización del mundo... Algunos de ellos, cuando faltan los sagrados ministros, o cuando estos se ven impedidos por un régimen de persecución, les suplen en ciertas funciones sagradas» (n. 35). El texto, como se ve, señala el ejercicio de la función profética laical en los dos campos: el de la evangelización en medio del mundo, y el de la predicación en el interior de la Iglesia.

— Igualmente, por medio de los fieles laicos, «Cristo desea prolongar su misión real y dilatar su reino: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. Incluso en las ocupaciones seculares deben ayudarse mutuamente a una vida más santa, de tal manera que el mundo se impregne del Espíritu de Cristo y alcance su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz... Igualmente coordinen los laicos sus fuerzas para sanear las estructuras y ambientes del mundo» (n. 36). La función real de Cristo, unida a las otras dos, empeña al cristiano en una defensa y promoción de los grandes valores, y en una transformación del mundo.

— Esta «liturgia existencial», que se realiza en el ejercicio de la función sacerdotal, profética y real de todos los fieles, en todos los estados de vida (cf. n. 41), es verdadera fuente de santificación en medio del mundo:

«Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones, circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo» (n. 41).

— Pero la liturgia de la vida se manifiesta sobre todo en la caridad, la cual crece y fructifica también por una participación frecuente en los sacramentos, y especialmente en la eucaristía: «Pues la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley, rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin» (n. 42).

Así pues, el fiel cristiano laico está llamado a vivir una «liturgia existencial», por la que también «da gloria a Dios» y se «santifica» a sí mismo y al mundo, mientras realiza su tarea en medio de los conflictos y tareas de la sociedad, a la que intenta transformar desde la caridad y los valores evangélicos.

c) *Gaudium et Spes*

La «pobreza social» que encontrábamos en la SC contrasta con la «riqueza social» de la GS donde, de múltiples formas y en contextos muy diversos, se trata sobre la tarea y compromiso social de los fieles laicos y de la Iglesia entera en el mundo actual, lo que no implica que se destaque la conexión entre este compromiso y la celebración litúrgica. Baste recoger los lugares más significativos al respecto.

— Al discípulo de Cristo le preocupa y afecta todo lo humano, tanto se encuentre en su trabajo secular, cuanto en su asamblea litúrgica (cf. n. 1). La realidad de la vida, con sus «gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias», la comparte el creyente con sus hermanos, ofreciendo a Dios su actividad entera, consciente de que esta encuentra su cúlmen de perfección en el misterio pascual, preludio de la realidad futura, «cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios». Para vivir sin cansancio esta actividad oblativa y transformativa en la tierra, Dios nos ha dejado el alimento y la fuerza de la eucaristía:

«El Señor dejó a los suyos, la prenda de tal esperanza y el alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial» (n. 38).

— Pero son de manera especial los esposos y padres los que tienen una importante misión que cumplir en el mundo. Por eso, «para

cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortalecidos y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del Espíritu de Cristo, que sutura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios» (n. 48). La vida de los esposos es, por tanto, una verdadera liturgia en la que al mismo tiempo que glorifican a Dios, se santifican mutuamente (cf. SC n. 7).

No vemos en todo este rico documento otros lugares dignos de mención en que se trate nuestro tema. Solamente la eucaristía y el sacramento del matrimonio aparecen con una referencia explícita, pero de modo también muy limitado. Es realmente llamativo que, siendo uno de los principios de la reforma litúrgica la unión entre la liturgia y la vida, y describiendo esta vida como lo hace la GS, con toda su densidad y problematizada social y cultural, política y económica, antropológica y vital..., apenas aparezca en ningún momento la preocupación por poner esta vida en relación con la liturgia, cual acto primero constitutivo de la identidad de la vida cristiana entera. Parece como si entre la SC y la GS se manifestara un mutuo desconocimiento y extrañamiento.

d) *Apostolicam Actuositatem*

En la AA encontramos una mayor conexión explícita entre sacramentos de iniciación y actividad apostólica, así como entre actividad apostólica, liturgia existencial y acto celebrativo.

— Además de afirmar en diversos momentos que los seglares participan también del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo (nn. 2, 3, 10...), se reconoce explícitamente el valor litúrgico de este apostolado, y su referencia a los sacramentos y la eucaristía:

«El deber y el derecho del seglar al apostolado deriva de su misma unión con Cristo Cabeza. Insertos por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y nación santa (cf. 1 Petr 2, 4-10) para ofrecer hostias espirituales en todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todo el mundo. Son los sacramentos, y sobre todo la eucaristía, los que comunican y alimentan en los fieles la caridad, que es como el alma de todo apostolado» (n. 3).

— Más aún, en el ejercicio del apostolado, los fieles laicos no sólo se sirven de la Palabra y los sacramentos, sino que ellos mismos son también por su testimonio vivo como un sacramento en acto, para la evangelización y santificación de los hombres:

«Son innumerables las ocasiones que tienen los seglares para ejercitar el apostolado de la evangelización y de la santificación. El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural, tienen eficacia para traer a los hombres hacia la fe y hacia Dios» (n. 6).

— En esta tarea apostólica tiene un puesto privilegiado la instauración de un orden temporal nuevo, promoviendo la justicia del reino de Dios y la acción social cristiana (n. 7), por medio de la caridad y el ágape, que vienen expresados y exigidos por la misma celebración eucarística, como sucedía en los comienzos de la Iglesia:

«En sus comienzos la santa Iglesia, uniendo el 'agape' a la cena eucarística se manifestaba toda entera unida en torno a Cristo por el vínculo de la caridad; así en todo tiempo se hace reconocer por este distintivo de amor. Por lo cual la misericordia para con los necesitados y los enfermos, y las llamadas obras de caridad y de ayuda mutua para aliviar todas las necesidades humanas, son-consideraadas por la Iglesia como singular honor» (n. 8).

— El apostolado deben ejercerlo los seglares en el mundo y en la Iglesia, en la sociedad humana y en la comunidad cristiana, para lo que se ven fortalecidos con la vida litúrgica:

«Nutridos personalmente con la participación activa en la vida litúrgica de su comunidad, cumplen con solicitud su cometido en las obras apostólicas de la misma; devuelven a la Iglesia a los que quizá andaban alejados; cooperan intensamente en la predicación de la Palabra de Dios, sobre todo en la instrucción catequística; con su competencia profesional dan mayor eficacia a la cura de las almas y también a la administración de los bienes eclesiásticos» (n. 10).

— Pero el lugar por excelencia de este apostolado es la propia familia, en cuyo interior se cumplen las mismas funciones que la Iglesia ha recibido como misión de Cristo, hasta el punto de que se la pueda llamar «iglesia doméstica», en donde también se alaba y se ofrece una liturgia viva, en comunión con el culto litúrgico de la Iglesia:

«...la familia cumplirá esta misión si, por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios, se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia; si la familia entera se incorpora al culto litúrgico de la Iglesia; si, finalmente, la familia practica el ejercicio de la hospitalidad y promueve la justicia y demás obras buenas al servicio de todos los hermanos que padecen necesidad» (n. 11).

— En cualquier caso el verdadero apostolado se apoya en el testimonio individual y colectivo, animado por la esperanza y la cari-

dad, por el que «los seglares edifican a la Iglesia y santifican al mundo, animándolo en Cristo». Este testimonio será más sólido y auténtico, si sabe unir la liturgia existencial de la vida con la liturgia pública de la Iglesia:

«Recuerden todos que con el culto público y con la oración, con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, con la que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegarse a todos los hombres, y ayudar a la salvación del mundo entero» (n. 16).

En resumen, puede decirse que la AA es el documento en el que mejor se une la liturgia de la vida con la liturgia de la celebración. No sólo aparece situada la liturgia en su correlación con la palabra, la caridad, el testimonio..., sino que también se resalta su dimensión vital, familiar, social...

e) *Ad Gentes*

En el Decreto AG, finalmente, aparece la liturgia relacionada de forma especial con las tareas misionera e iniciadora de la Iglesia, así como con la vida de las comunidades cristianas.

— La misión de la Iglesia, obedeciendo a Cristo y bajo el impulso del Espíritu, se cumple «con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y demás medios de gracia...» (n. 5). En los sacramentos, y especialmente la eucaristía, encuentra su centro la actividad misionera: «por la Palabra de la predicación y la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cima es la santísima eucaristía, la actividad misionera hace presente a Cristo, autor de la salvación» (n. 9).

— La misión es tarea de todos los confirmados y bautizados, y debe realizarse por el testimonio, y sobre todo por la caridad, de manera que «el hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo», aparezca en las buenas obras, y así todos los hombres puedan «percibir con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres» (n. 11).

— En la acción misionera juegan un papel importante los ritos y la iniciación litúrgica de los catecúmenos, que culmina en los sacramentos de la iniciación cristiana. «Iniciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en la práctica de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados, que han de celebrarse en tiempos sucesivos, y sean introducidos en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del pueblo de Dios» (n. 14).

— De este modo, la Iglesia va engendrando «comunidades vivas de fe, de liturgia y de caridad», en las que los seglares «con su actua-

ción civil y apostólica, se esfuerzan por establecer en la sociedad política el orden de la caridad y la justicia» (n. 19). De modo que el verdadero iniciado o fiel cristiano, además de comprometerse por su bautismo a vivir en comunidad viva, se compromete también a promover la caridad y la justicia en la sociedad civil.

En *Conclusión*, después de este repaso al Vaticano II, podemos afirmar que los dos documentos en sí más directamente relacionados con nuestro tema (la SC y la GS), apenas lo tratan en las conexiones e implicaciones que conlleva. En cambio, la LG, y sobre todo la AA, ponen bien de manifiesto la dimensión existencial y social de la liturgia de la vida, conexionándola con la celebración litúrgica oficial de la Iglesia, pero sin sacar tampoco todas las consecuencias que deben desprenderse de la celebración cultural para la vida concreta. El decreto AG no trata el tema sino indirectamente, desde el planteamiento de la iniciación plena, que incluye necesariamente la palabra, la liturgia y la caridad. Sin pretender que el Vaticano II tuviera presente en todos los casos de modo explícito la dimensión social de la liturgia, sí cabría haber esperado un desarrollo explícito más equilibrado y permanente, desde las distintas perspectivas tratados en los diversos documentos.

2. PABLO VI

Pablo VI, sobre todo en sus escritos eucarísticos⁴, y en la *Evangelii Nuntiandi*⁵, desarrolla de modo sorprendente la dimensión social de la liturgia, centrándose de modo especial en la eucaristía. Lo afirma de modo muy explícito, cuando dice: «Pues, como quiera que todos los sacramentos de la Iglesia expresan la naturaleza social de aquella, mucho más sucede esto y con más fuerza en la santísima eucaristía. La cual, aunque alimenta de modo extraordinario la vida íntima, brilla extraordinariamente también por su índole y eficiencia social» (n. 403).

— La eucaristía supone la comunión en el mismo pan, y la fraternidad en un sólo corazón y una sola alma (cf. Hch 2,42; 4,32), de modo que no se puede comulgar con Cristo sin comprometerse con la caridad, ya que el «vínculo sacramental» y el vínculo social de la caridad son inseparables:

⁴ Cf. J. Solano, *La Eucaristía. Textos del Vaticano II y de Pablo VI* (BAC minor n. 14, Madrid 1969). Citamos los nn. de esta edición, refiriendo entre paréntesis el título del documento concreto.

⁵ Pablo VI, *La evangelización del mundo contemporáneo* (PPC, Madrid 1975). Citamos los nn. de esta edición.

«...es misión en primer lugar de los miembros de la Iglesia hacer triunfar en el mundo la paz cristiana, fundada sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad, pues a ellos se les concede el inestimable don de ensimismarse espiritualmente en Cristo, que en la sagrada eucaristía hace crecer el fuego de la divina caridad que El trajo a la tierra» (n. 187).

«Quien se nutre de la eucaristía debe, por esto mismo, comprender su vocación a la caridad para con el prójimo, debe dilatar el espacio de la caridad, que lo incorpora vitalmente a Cristo, con el vínculo social de la caridad, mediante el cual debe unir la propia vida a la vida de los demás hombres, transformados virtualmente en hermanos suyos» (n. 406. Cf. nn. 186-187).

— La eucaristía es símbolo al mismo tiempo de una opción de fe y de una opción social. Lo primero porque en ella Cristo nos empuja a elegir entre El, pan de vida, y los otros panes materiales en los que tantas veces queda pegado el corazón. Lo segundo, porque en ella nos vemos interpelados por el hambre material y espiritual de tantos hermanos nuestros, a los que no podemos olvidar:

«...El sabe que los bienes temporales también nos son necesarios, pues él mismo multiplicó los panes para saciar el hambre corporal de aquellos que por escuchar su voz le habían seguido. Es decir, se nos plantea el complejo y dramático problema que atormenta a los hombres de nuestro tiempo y determina su orientación vital: si es suficiente el pan de la tierra, es decir, el conjunto de bienes económicos y temporales, para saciar el hambre de vida, que es propia del hombre; si al buscar y gozar este pan terrestre y efímero hay que ignorar el pan del cielo, esto es, Cristo, la fe, la concepción cristiana de la vida, y excluirlo de los programas de la actividad moderna...» (n. 204).

Como puede apreciarse, el Papa plantea desde la misma eucaristía el grave problema de la conexión entre la entrega a las tareas del pan de la tierra, y la entrega a la fe, entre la concepción secular terrena y la concepción religiosa creyente, expresada en la eucaristía.

— El que la eucaristía sea signo de unidad y vínculo de caridad quiere decir que los que participan en ella deben sentirse impulsados a ejercer la verdadera y fraterna caridad que ciertamente «no es un indefinido efecto de humanidad, sino la participación de la caridad de Cristo, que nos amó y se entregó a Dios por nosotros como oblación y hostia. Esta caridad exige deseo de entrega, renuncia voluntaria al tiempo y a las cosas, aceptación de incomodidades, para aliviar a los hermanos afectados por el hambre, oprimidos por los dolores y afligidos por la desgracia... Ella resuelve en no pequeña parte los gravísimos problemas sociales que tanto afectan a nuestros tiempos» (n. 213). Se trata por tanto de una caridad encarnada, so-

cialmente comprometida, que no excluye a ninguno, que atiende de modo especial a los más necesitados y marginados de nuestro mundo:

«Por eso, el amor que procede de la eucaristía es un amor irradiante: tiene un reflejo en la fusión de los corazones, en la amistad, en la unión, en el perdón; nos da a entender que es preciso gastarse por las necesidades ajenas, por los pequeños, por los pobres, por los enfermos, por los prisioneros, por los exiliados, por los que sufren. Esta caridad se refiere también a los hermanos alejados...» (n. 437).

— Y si la eucaristía nos compromete a la caridad, también nos alimenta y fortalece en la dificultad y en la enfermedad. Por eso se afirma que «este celestial banquete es también una medicina saludable, con la que sanamos nuestro espíritu de las enfermedades de cada día, y nos defendemos contra los asaltos del demonio y de las pasiones» (n. 209). Este consuelo y fortaleza de la eucaristía puede llevar también al hombre de hoy a comprender mejor el misterio liberador que en ella misma se encierra, más allá de las mil opresiones humanas:

«(La eucaristía) es un ofrecimiento libre, hecho a hombres libres y, si lo pensamos bien, liberador. Lo dijo el Señor: la verdad, su verdad, os hará libres; es un ofrecimiento gratuito y desinteresado... que no perturba el ejercicio del pensamiento humano, ni obsaculiza el trabajo en su natural y honesta fatiga, ni detiene la actividad temporal en sus conquistas civiles, sino al contrario, ilumina y conforta al hombre, que llena la jornada de la vida presente con obras dignas; un ofrecimiento —¿quién lo ignora?— que no detiene el progreso social, no aparta al hombre de sus legítimas aspiraciones vitales, sino que lleva consigo el eterno y alegre mensaje evangélico del consuelo y esperanza para todo dolor humano y de estímulo, asimismo, a toda obligada justicia; un ofrecimiento al que va unida la responsabilidad ante Dios respecto al destino de la vida individual; y ante la historia, el destino de la paz en el mundo; ofrecimiento importante y grande, por consiguiente. Toma, compromete la vida en un programa sincera e intencionadamente magnánimo, pero siempre cristianamente sencillo, bueno y piadoso: la fe es vida, la fe es salvación...» (n. 229).

Este bellissimo texto pone muy bien de manifiesto que la eucaristía es un ofrecimiento gratuito y liberador de Dios, en nada opuesto a las tareas y aspiraciones humanas, sino al contrario estimulador y promotor de la misma vida, de la nueva justicia y paz, de la responsabilidad histórica.

— Más aún, la eucaristía ejerce una verdadera función social, ya que crea y edifica en la solidaridad y fraternidad, en la igualdad y la unidad. La eucaristía también está destinada a «nuestro trato humano, además de a nuestra santificación cristiana; ha sido instituida para que seamos hermanos; y el sacerdote la celebra ... para que de extraños, dispersos e indiferentes unos a otros, seamos unos, iguales y amigos...» (n. 231). Además:

«Esta comunión de fe, de caridad, de vida sobrenatural que se deriva del sacramento que la significa y produce puede tener un enorme y sobremanera beneficioso influjo en la sociabilidad temporal de los hombres. Sabeis que este problema fundamental de la sociabilidad humana prevalece hoy sobre todos los demás..., pero en ello se encuentran a cada paso obstáculos y contrariedades que se convierten en divisiones, luchas y guerras, precisamente porque les falta un principio único y trascendente...» (n. 232. Cf. n. 398).

— Por tanto, la eucaristía contribuye de modo especial a la «sociabilidad temporal de los hombres». Es creadora de conciencia social y solidaria entre quienes se esfuerzan por construir la ciudad terrena:

«Porque el dinamismo que emana de la eucaristía y el compromiso que ella impone corrobora la misma colaboración humana, forma en la rectitud moral, en la conciencia social, incluso a costa de sacrificios con miras al bien común; abre un ansia más grande de fraternidad; dilata el corazón ecuménicamente, sin que por ello se confunda la debilidad con la bondad, ni la indiferencia con la verdad» (n. 398).

La eucaristía crea y compromete a unas actitudes, que posibilitan la verdadera sociabilidad humana, ya que se basa en valores de respeto, igualdad, unidad y fraternidad, unidos a compromisos de solidaridad y de atención especial a los más necesitados (cf. n. 276). La misma presencia permanente de Cristo en la eucaristía está indicando este aspecto: «Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad, ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a él...» (n. 312).

— El mismo hecho de que se pida en la eucaristía por intenciones de solidaridad y caridad, como sucedía ya desde el principio, indica la importancia, la presencia y el compromiso de los participantes con las mismas necesidades y necesitados que se enumeran. Por eso recuerda el papa las palabras de San Cirilo de Jerusalén:

«Después de completar el sacrificio espititual, culto incruento, sobre la hostia de propiciación, pedimos a Dios por la paz común

de las Iglesias, por el recto orden del mundo, por los emperadores, por los ejércitos y los aliados, por los enfermos, por los afligidos y, en general, rogamos por todos los que tienen necesidad de ayuda...» (n. 274).

— Y no sólo la celebración de la eucaristía, también el culto eucarístico fuera de la eucaristía debe promover en los fieles «el amor social», que antepone el bien común al interés privado. De modo que por la adoración no se «satisface en primer lugar al afecto de la piedad de cada uno, sino que el espíritu es movido a cultivar el amor social» (n. 412).

«De aquí se sigue que el culto de la divina eucaristía mueve muy fuertemente el ánimo a cultivar el amor social, por el cual antepone al bien privado el bien común; hecemos nuestra la causa de la comunidad, de la parroquia, de la Iglesia universal, y extendemos la caridad a todo el mundo, porque sabemos que en todas partes existen miembros de Cristo» (n. 314).

— El verdadero adorador de la eucaristía es aquel que fomenta en sí mismo y en los demás los valores de la solidaridad, la fraternidad y la paz. Igualmente quien quiera honrar en verdad a Cristo sacramentado en la festividad de Corpus, debe fomentar en él los valores de amistad, la hermandad, la unidad...

«Por lo cual, nada hay tan conveniente para aquellos que lo adoran, veneran y reciben como el que ellos fomenten en sí la benevolencia, la concordia y la paz y, además, consoliden en solidaridad del género humano los dulces lazos de la fraternidad, y la propaguen por el mundo...» (n. 345).

«Y con la solemnidad del Corpus Christi, la Iglesia quiere formar en nosotros esta conciencia de unidad, de hermandad, de solidaridad, de amistad, de caridad, de la cual, incluso nosotros los católicos, estamos tan faltos. Por ello, si podemos desear y esperar un fruto de esta celebración, que sea el de un mayor sentido de cohesión espiritual y social entre nosotros...» (n. 374).

— Y es que no se puede celebrar ni adorar la eucaristía, si no se aprende de Cristo muerto y resucitado, de su sacrificio y de su entrega, a ofrecerse como sacrificio agradable por la paz y la reconciliación, por la solidaridad y la unidad, esforzándose por llevar una vida permanente de verdaderos testigos (cf. n. 315, 434-437):

«Así pues, después de haber participado en la misa, cada uno sea solícito en hacer buenas obras, en agradar a Dios, en vivir rectamente, entregado a la Iglesia, practicando lo que ha aprendido y progresando en el servicio de Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano, y también constituyéndose en tes-

tigo de Cristo en toda circunstancia y en el corazón mismo de la convivencia humana» (n. 367).

«La meditación de Cristo inmolado, hecho víctima de propiciación, alimento sobrenatural, os ha permitido ver su entrega como gesto que enseña perdón y que indica el camino de la bondad, como fuente que engendra y nutre la solidaridad, que refuerza el vínculo de la unidad» (n. 346).

— Ofrecer de verdad el sacrificio de Cristo implica el compromiso de ofrecerse a sí mismo como sacrificio por los demás, como don y pan para los más pobres y necesitados. Celebrar la eucaristía es comprometerse en una verdadera acción y promoción social, por los pobres y desde los pobres:

«Así como El se ha ofrecido en sacrificio bajo la forma de pan, así deberíamos darnos nosotros, con fraterno y humilde servicio, a nuestros semejantes, teniendo en cuenta sus necesidades más que sus méritos, y deberíamos ofrecerles pan, o sea, lo más necesario para la vida. Debemos acordarnos hoy más que nunca de los pobres, que todavía son muchos, y de los afligidos por diversas necesidades...» (n. 422).

— De este modo, se manifestará cómo la eucaristía «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia», y es manifestación de una «sociología sobrenatural», que tiene que conducirnos a promover en la vida los valores de la hermandad y la paz, del amor y la justicia. «La gracia de ver reverberar esta sociología sobrenatural, brotará del misterio pascual, en toda la familia humana, con la apreciación de los verdaderos valores de la vida, con la promoción de una sincera hermandad, con la tutela y construcción de la paz» (n. 375):

«La inmolación diaria de Cristo...constituye el hontanar de gracias que alimentan el amor fraterno y el compromiso de servicio a los demás, que iluminan el panorama de la vida cristiana individual y social...» (n. 378).

«(Los sacerdotes, religiosos y laicos) encuentran allí las luces necesarias para juzgar de los verdaderos valores humanos, para sostener su esfuerzo en favor de la justicia y de la paz, para santificar el amor conyugal y la vida de familia...» (n. 379).

— En este sentido, la eucaristía no sólo es centro para la Iglesia y el cristiano, sino que también puede serlo para el mundo y la humanidad entera, en cuanto que en ella se simboliza, se expresa y realiza la paz y la unidad a la que aspiran los pueblos:

«Si la fraternidad de los hombres, si su colaboración orgánica, si la paz, finalmente, es un bien supremo en el orden temporal y

social, ¿no debería el mundo descubrir en la eucaristía la forma más sencilla y más clara que la interpreta, la define y la orienta? Si el mundo llegara a desesperar de si mismo, de ser capaz de hacer de la humanidad una verdadera familia..., ¿no podría el mundo escuchar el mensaje eucarístico que anuncia que este sacramento no es solamente un signo, un símbolo, sino también un alimento, una fuerza, una gracia que produce lo que representa?» (n. 387-b).

— Y aquí es donde hay que situar justamente la función evangelizadora de los sacramentos y la eucaristía, de la que nos habla la *Evangelii Nuntiandi*: si na evangelización íntegra implica los sacramentos, unos sacramentos bien celebrados implican la evangelización (cf. EN. n. 28):

«La evangelización despliega de este modo toda su riqueza cuando realiza la unión más íntima, o mejor, una intercomunicación jamás interrumpida, entre la palabra y los sacramentos...La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir —y no a recibir de modo pasivo o apático— los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe» (EN, n. 47).

— Sobre todo, en la eucaristía, hay que destacar el valor evangelizador de la Palabra, y dentro de ella, de la homilía, siempre que esté bien preparada, situada en su contexto celebrativo, y proclamada con convicción de fe y con amor, lo cual supone tener en cuenta los diversos elementos evangelizadores y su dimensión social, cultural, política...:

«...sería un error no ver en la homilía un instrumento válido y muy apto para la evangelización... Esta predicación, inferida de manera singular en la celebración eucarística, de la que recibe una fuerza y vigor particulares, tiene ciertamente un puesto especial en la evangelización, en la medida en que el ministro sagrado expresa la fe profunda de quien predica y que está impregnada con su amor» (En, n. 43).

En resumen, es de admirar la presencia y desarrollo que tiene en Pablo VI la dimensión social de la eucaristía. El Papa es plenamente consciente de la riqueza de aspectos sociales, morales y vitales implicados en la eucaristía, que reconoce no poder tratar en sus discursos o catequesis⁶. Y, sin embargo, la variedad de aspectos que toca, muestra su gran sensibilidad al respecto. Además de destacar la

⁶ Dice expresamente: «Si quisiéramos descubrir esta irradiación de la Eucaristía sobre el marco de nuestra vida, las lecciones de verdad y de amor que proyecta sobre la misma, nuestro discurso sería largo» (n. 287).

centralidad de la eucaristía en la vida de la Iglesia y el cristiano, insiste en sus implicaciones sociales y eclesiales de unidad, igualdad, fraternidad, paz, caridad, sociabilidad, entrega por los demás, solidaridad por los más pobres y necesitados, escuela de conciencia y acción social, ejemplo de fraternidad para el mundo entero... Por desgracia, esta riqueza social de la eucaristía, proclamada por el Papa Pablo VI, será muy poco tenida en cuenta en la reforma litúrgica de los rituales, y especialmente de la eucaristía.

3. JUAN PABLO II

Aunque no es posible recoger y analizar todas las afirmaciones de Juan Pablo II sobre el aspecto que nos ocupa, sí nos fijaremos en la línea general de su pensamiento, y en los lugares que nos parecen más significativos al respecto ⁷.

— La eucaristía, verdadera «alma de toda la Iglesia», es fundamento y alimento de la acción pastoral, hasta el punto de poder hablar de una como «eucaristización de la praxis»:

«Nútrase de ella toda actividad pastoral, sea también alimento para nosotros mismos y para todos los sacerdotes que colaboran con nosotros, y finalmente para todas las comunidades encomendadas a nuestro cuidado. En esta praxis ha de revelarse, casi a cada paso, aquella estrecha relación que hay entre la vitalidad espiritual y apostólica de la Iglesia y la eucaristía, entendida en su significado profundo y bajo todos los puntos de vista» (Carta, n. 4).

— Se trata de una verdadera conformación eucarística de la vida entera, que nos lleva a descubrir su sentido en las dificultades y en el dolor, y a vivir una «continua pascua» (*Insegnamenti*, IX, 1, p. 1102-1106). O, con otras palabras, la eucaristía nos lleva a generar una «socialidad auténticamente cristiana, en cuanto crea un estilo de relaciones informadas por el espíritu de paz y solidaridad, que sanan el cuerpo social, y conducen a una vida capaz de unir amor a Dios y amor al prójimo» (*Ibid.*, IX, 1, p. 1206-1207).

— Esta conformación eucarística de la vida, y esta información eucarística de las relaciones humanas, se manifiesta y sintetiza en

⁷ Utilizamos el material recogido en: Juan Pablo II, *Insegnamenti di Giovanni Paolo II* (Libreria Ed. Vaticana 1978 ss.). Disponemos de la edición hasta 1988. Citamos *Insegnamenti*, la pág. correspondiente, y la ocasión o título del documento, cuando lo creamos necesario. En castellano, puede verse: Juan Pablo II, *El misterio y el culto de la eucaristía. Carta de Juan Pablo II a los obispos* (PPC, Madrid 1980). Citamos *Carta* y el número de esta edición.

la caridad. Siendo la eucaristía centro de la vida cristiana, y teniendo esta su centro en la caridad, no pueden desligarse una de otra. La eucaristía expresa y lleva a la caridad, y la caridad realiza y conduce a la eucaristía. Son como dos elementos constitutivos de la única realidad:

«La eucaristía significa esta caridad, y por ella la renueva, la hace presente y al mismo tiempo la realiza... (Por la eucaristía) no sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar... Este culto brota del amor y sirve al amor» (Carta, n. 5).

«La eucaristía impulsa la energía vivificante de la caridad... Ella reúne a todos en la igual dignidad de hermanos en Cristo y de hijos del Padre, y los impulsa al respeto, a la mutua estima y al mutuo servicio. La comunión da, por otro lado, la fuerza moral necesaria para superar los motivos de división y de oposición, para perdonar las ofensas recibidas, para hacer un nuevo esfuerzo en la reconciliación y la acogida fraterna» (*Insegnamenti*, VI, 1, p. 1459, Cf. IX, 1, 1304-1308).

— Este amor de caridad expresado en la eucaristía, debe hacerse realidad concreta en un amor activo al prójimo, especialmente al más necesitado, al que más sufre de abandono e injusticia. La unión entre la Última Cena y el Lavatorio de los pies está exigiendo este compromiso. La entrega y donación gratuita y sin distinción de Cristo eucarístico a todos cuantos están bien dispuestos, está indicando la grandeza y dignidad de todo hermano, aún el más pequeño:

«El auténtico sentido de la eucaristía nos educa para este amor de modo más profundo. En efecto, demuestra qué valor debe tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno, bajo las especies de pan y vino. Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre. La conciencia de esta dignidad se convierte en el motivo más profundo de nuestra relación con el prójimo. Asimismo debemos hacernos particularmente sensibles a todo sufrimiento y miseria humana, a toda injusticia y ofensa, buscando el modo de repararlos de manera eficaz» (Carta, n. 6. Cf. *Insegnamenti*, VI, 1, p. 686).

— Más aún, este servicio y ayuda a los más pobres, si es realmente comprometido y realista, debe llevar a un empeño en el proceso de cambio social, en pro de una mayor igualdad y justicia, en todos los órdenes: político, cultural, social, económico. El hecho de participar en la eucaristía compromete a todos estos cambios. Esto es lo que afirmaba dirigiéndose a los cristianos de Haití:

«En la misma eucaristía encontráis la inspiración, la fuerza y la perseverancia para comprometeros en este proceso de cambio. Es preciso, en efecto, que las cosas cambien... Los cristianos han constatado la división, la injusticia, la excesiva desigualdad, la degradación de la calidad de vida, la miseria, el hambre, el miedo de muchos; han visto numerosos campesinos incapaces de vivir de sus tierras, a gentes que se amontonan sin trabajo en las ciudades, a familias divididas, a víctimas de diversas frustraciones. Pero creen que hay soluciones, desde la solidaridad... El hecho de ser miembros del Cuerpo de Cristo y de participar en su banquete eucarístico, nos compromete a promover estos cambios. Es la manera de lavaros los pies los unos a los otros, a ejemplo de Cristo. Hacedlo sin violencia, sin miedo, sin luchas intestinas, que con frecuencia no engendran sino nuevas opresiones. Hacedlo en el respeto y el amor a la libertad» (*Insegnamenti*, VI, 1, p. 686-687).

— Por todo ello no cabe separar la eucaristía y la vida, la liturgia y el compromiso. La eucaristía se hace vida del cristiano a través del pan y el vino, y está destinada a dar al cristiano un «estilo de vida sacramental», por el que ejerciendo el sacerdocio universal, se ofrece y consagra a Dios la vida entera, especialmente actuando en favor de la unidad y el amor, allí donde hay división e injusticia. La misma adoración eucarística no puede separarse del compromiso de la vida cotidiana, tanto en el plano personal, cuanto en el familiar y social:

«La veneración a Dios, que es amor, nace del culto eucarístico, de esa especie de intimidad en la que El mismo, análogamente a la comida y a la bebida, llena nuestro ser espiritual, asegurándole, al igual que ellos, la vida... De tal concepción del culto eucarístico brota todo el estilo sacramental de la vida del cristiano... Los sacramentos dan a su vida un estilo sacramental... (Especialmente) la eucaristía, que conduce a plenitud su iniciación de cristiano y confiere al ejercicio del sacerdocio común esta forma sacramental y eclesial que lo pone en conexión. De este modo, el culto eucarístico es centro y fin de toda la vida sacramental» (Carta, n. 7. Cf. *Insegnamenti*, VI, 2, p. 946-947).

— Así pues, la eucaristía aparece como verdadero lugar y centro de transformación, que abarca desde las especies eucarística y el interior del hombre, hasta la Iglesia y el mundo entero. El mismo carácter sacrificial de la eucaristía, está indicando hasta qué punto la vida entera puede quedar transformada en una oblación por los demás, que se expande a todas las situaciones por las que pasa el hombre en la sociedad y en el mundo.

«Efectivamente, en este sacramento del pan y del vino, de la comida y de la bebida, todo lo que es humano sufre una singular

transformación y elevación. El culto eucarístico no es tanto culto de la trascendencia inaccesible, cuanto de la divina condescendencia, y es a su vez transformación misericordiosa y redentora del mundo en el corazón del hombre» (Carta, n. 7).

«La Iglesia desea que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen, con la meditación de Cristo, la unión con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos» (n. 9).

— Estas transformaciones son realidad eucarística y misión para la vida, y nos llevan de nuevo al compromiso en el cambio, a la promoción de una acción social por el verdadero desarrollo, justicia y paz de los hombres, como se reconoce en la *Sollicitudo rei socialis*⁸:

«Así el Señor, mediante la eucaristía, sacramento y sacrificio, nos une consigo y nos une entre nosotros con un vínculo más perfecto que toda unión natural; y unidos nos envía al mundo entero para dar testimonio, con la fe y con las obras, del amor de Dios, preparando la venida de su reino, y anticipándolo en las sombras del tiempo presente. Quienes participamos de la eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo, que en este sacramento da la vida por sus amigos. Como la de Cristo, y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil, sino fecunda» (n. 48).

— Este compromiso del cristiano «eucaritizado» no sólo se desprende de la participación en la eucaristía, sino también de su participación en otros sacramentos. Tiene su raíz, en definitiva, en la participación en el triple munus de Cristo, que ya se dio por la iniciación cristiana, como reconoce la *Christifideles Laici*⁹:

«He aquí un nuevo aspecto de la gracia y de la dignidad bautismal: los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético, real— de Jesucristo» (n. 14, cf. nn. 9, 23...).

— Son los los mismos sacramentos de iniciación los que llevan al cristiano a asumir y cumplir con su función sacerdotal, profética y real en la Iglesia y en el mundo, pues si por la Palabra ellos deben

8 Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis* (Paulinas, Madrid 1988) 92-93.

9 Juan Pablo II, *Christifideles laici* (Paulinas, Madrid 1988). Cf. D. Borobio, 'Fundamento sacramental del compromiso evangelizador de los laicos en la *Christifideles Laici*', *Phase* 177 (1990) 227-249.

ser verdaderos anunciadores y denunciadores en lo referente a la verdad, justicia, dignidad... (nn. 14, 33, 34); por el servicio (oficio real) deben luchar contra el pecado y el mal, mientras apuestan por la defensa de los más pobres y oprimidos:

«Toda la Iglesia como tal está directamente llamada al servicio de la caridad... La caridad con el prójimo, en las formas antiguas y siempre nuevas de las obras de misericordia corporal y espiritual, representa el contenido más inmediato, común y habitual de aquella animación cristiana del orden temporal, que constituye el compromiso específico de los fieles laicos... La caridad es el más alto don que el Espíritu ofrece para la edificación de la Iglesia y para el bien de la humanidad. La caridad, en efecto, anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todas las necesidades del ser humano» (n. 41).

— Los sacramentos implican, pues, un compromiso para la vida, y hacen de la vida un compromiso para el sacramento. Estos compromisos, en su dimensión más social, y tal como los formula la *Christifideles Laici*, son los siguientes: ser testigos y dar testimonio en la Iglesia y en el mundo de palabra y obra (nn. 15-17); cumplir con la vocación y obligación al apostolado y la santidad (nn. 16-17, 28); ser fermento y levadura, luz y sal del mundo (n. 15); asumir y ejercer el propio carisma o ministerio en la comunión y para el bien común (nn. 20, 21, 23, 51...); unir la fe con la vida y el culto con el compromiso (nn. 55,57); ofrecerse a sí mismos y todas las actividades como sacrificio (n. 14), especialmente en la evangelización de los pobres y la liberación de los oprimidos (n. 13)... Pero es sobre todo en la eucaristía donde aparece el modelo y estímulo para toda actividad de justicia y caridad en la vida:

«En la eucaristía Cristo Jesús propone a los fieles el modelo perfecto de caridad, y comunica la salvación dándose a sí mismo como alimento de vida eterna. La eucaristía aleja así el egoísmo y empuja a vivir la comunión como criterio de toda actividad» (n. 41).

— En una palabra, es toda la tarea de la evangelización la que está unida a los sacramentos, y en especial a la eucaristía. Comprometerse con la evangelización, y por tanto con la verdad sacramental de la eucaristía, es humanizar (n. 36), promover y redescubrir la dignidad de la persona humana (n. 37), defender los valores de la familia (n. 40); crear unas relaciones basadas en la solidaridad, la justicia y la caridad (n. 41), participar en la política con honestidad, justicia, libertad y actitud de servicio al bien común (n. 42); organizar el trabajo, los bienes y la vida económico social en justicia y solidaridad (n. 43)...

En *conclusión*, aunque no queden recogidas en esta selección y comentario todas las afirmaciones de Juan Pablo II sobre la «dimensión social» de la liturgia y los sacramentos, sí podemos decir que se proponen aquellas que aparecen en sus documentos más importantes, y que son más significativas. Llama la atención el que, habiendo tratado el Papa numerosos e importantes temas sociales en diversos escritos, como la *Redemptor Hominis*, la *Laborem exercens*, la *Dives in misericordia*, la *Mulieris dignitatem*, la *Sollicitudo rei socialis*... sin embargo, no haya tratado explícita y detenidamente en ninguno de estos escritos, la relación que para un cristiano tiene su compromiso en estas realidades con su acción y participación litúrgica. Las leves alusiones que encontramos a la eucaristía, y a veces la penitencia, en la *Redemptor Hominis* (n. 20), y en la *Dives in misericordia* (n. 13), no se refieren a esta dimensión. Solo la *Sollicitudo rei socialis* (n. 48) muestra una intención explícita de relacionar la eucaristía y la vida social, aunque brevemente. Es la Carta a los Obispos sobre *El misterio y el culto de la eucaristía*, el documento que más explícitamente trata esta relación, al hablar de «eucaristía y caridad» (n. 5), «eucaristía y prójimo» (n. 6), «eucaristía y vida» (n. 7). Junto a ello hay que destacar las intervenciones del Papa con motivo de diversos Congresos Eucarísticos, especialmente el de Haití de 1983 donde, ante la situación de miseria e injusticia, el Papa habla con toda valentía de la relación entre eucaristía, justicia y cambio social. Pero es quizás la *Christifideles Laici* la que más y mejor ha explicitado el fundamento y la exigencia sacramental del compromiso cristiano, en todas las situaciones y niveles de la vida en los que debe realizarse la evangelización.

No obstante, es justo reconocer la riqueza de aspectos que se tocan en relación con nuestro tema. El Papa insiste de modo especial, en la relación eucaristía-caridad, en la dimensión sacrificial que lleva a la entrega de la vida por los demás en una «pascua continua»; en el «estilo de vida sacramental» al que compromete la participación en los sacramentos; en la unión de la eucaristía con la dignidad y los derechos humanos; en el empeño en favor del cambio por un mundo más humano que se desprende de la eucaristía; y en fin en la relación que guarda la eucaristía con lo que él llama la «civilización del amor»...

4. CONFERENCIA DE PUEBLA (1978)

Queremos recoger aquí la enseñanza de los obispos latinoamericanos respecto a nuestro tema, por considerar que su aportación refleja una sensibilidad especial, y porque en ello podemos detectar

hasta qué punto los obispos han integrado esta dimensión social de modo adecuado ¹⁰.

— El documento comienza reconociendo explícitamente el valor evangelizador de la oración, la piedad popular y la liturgia, que conduce a la «liberación cristiana integral»:

«La oración particular y la piedad popular, presentes en el alma de nuestro pueblo, constituyen valores de evangelización; la liturgia es el momento privilegiado de comunión y participación, para una evangelización que conduce a la liberación cristiana integral, auténtica» (n. 895. Cf. 924, 928).

— No obstante, se constata que la celebración y participación litúrgica no siempre cumplen como conviene esta función, «ni inciden adecuadamente en el compromiso social de los cristianos», sino que a veces la «instrumentalización que se hace de la misma desfigura su valor evangelizador» (n. 902). La misma piedad popular, tan arraigada en el continente, si bien tiene aspectos muy positivos para la evangelización, como «el sentido de amistad, caridad y acción familiar, la capacidad de sufrir y reparar...» (n. 913)..., también presenta aspectos más negativos, como son:

«...la falta de sentido de pertenencia a la Iglesia; la desvinculación entre fe y vida; el hecho de que no conduce a la recepción de los sacramentos; la valoración exagerada del culto a los santos con detrimento del conocimiento de Jesucristo y su ministerio...» (n. 914).

— Por eso mismo se urge al cristiano orante y celebrante, a que no desconozca que su vocación de cristiano «debe llevarlo al compromiso social, moral y evangelizador» (n. 909). Los mismos sacramentos y la oración o devociones, han de estar orientados a una concienciación de su compromiso en el mundo, que se manifiesta en obras de amor, justicia...

«Las obras de los cristianos guiados por el Espíritu son: amor, comunión, participación, solidaridad, dominio de sí mismo, alegría, esperanza, justicia realizada en la paz, castidad, entrega desinteresada de sí mismo... esto va acompañado con frecuencia de sacramentos, oración y devoción intensa a María» (n. 969).

— La celebración de la fe en la liturgia debe entenderse también como un «fortalecimiento de nuestro peregrinar y como un compromiso de nuestra vida cristiana» (n. 939), que se realiza en la misma línea y dinámica de Cristo. Si Cristo actualiza y realiza su

¹⁰ *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América* (BAC, Madrid 1979). Citamos los números de esta edición.

liberación pascual en la liturgia, también el cristiano debe empeñarse en un compromiso liberador en el mundo:

«La eucaristía es encuentro con Dios y los hermanos; banquete y sacrificio..., fiesta de comunión eclesial, en la cual el Señor Jesús, por su misterio pascual, asume y libera al pueblo de Dios y por él a toda la humanidad... La liturgia es también fuerza en el peregrinar, a fin de llevar a cabo, mediante el compromiso transformador de la vida, la realización plena del Reino, según el plan de Dios» (n. 918).

— Para que esto sea así, se urge a que la catequesis y la educación en la fe impliquen también una iniciación litúrgica, que una la oración con el testimonio, y la liturgia con el compromiso, y la vida sacramental con el apostolado:

«Iniciar a los catequizandos en la oración y en la liturgia; en el testimonio y en el compromiso apostólico» (n. 1005).

Y los educadores también deben empeñarse en un proceso que incluya: «la conversión, la fe en Cristo, la vida en comunidad, la vida sacramental y el compromiso apostólico» (n. 1007).

En *resumen*, esto es todo lo que se afirma de la liturgia y los sacramentos en relación con la dimensión social en el Documento de Puebla. Aparte de otras breves alusiones a la liturgia y el empleo de los medios de comunicación (n. 1086), a la liturgia y el diálogo con diversos movimientos (n. 1123), a la liturgia y su adaptación al pueblo (nn. 940, 899), no encontramos sino la referencia a la «Iglesia sacramento de comunión» (n. 1123), como gran opción fundamental en la que debe encuadrarse todo lo demás.

Realmente, causa extrañeza constatar cómo, en un documento que se caracteriza por su análisis de la realidad social, por su inserción en el mundo y la historia concreta, por su opción social y eclesial por los pobres, marginados y oprimidos..., apenas puede encontrarse un párrafo explícito donde esta realidad se ponga en estrecha relación con la liturgia, y sobre todo con la eucaristía. Las breves insinuaciones no son suficientes, creemos, en un documento donde se busca promover la evangelización, y donde comienza afirmándose que la liturgia tiene como función primordial esta misma evangelización. Si los temas, cuestiones, problemas y compromisos de esta evangelización no encuentran adecuada expresión en la liturgia: ¿cómo es posible que el pueblo celebrante viva y aprenda que en ella y desde ella se va comprometiendo a una evangelización que supera el marco de la misma liturgia?

Pensamos que este «deficit» del Documento es una manifestación patente del «deficit» existente en la concepción y convicción de no

pocos pastores, para los que sigue prevaleciendo de hecho una visión «divisoria» entre el culto y la vida, una concepción sacral del culto, que tiene poco que decir sobre los problemas sociales y políticos de los hombres y, en fin, una deficiente asimilación e integración de la dimensión social de la liturgia y los sacramentos.

5. EPISCOPADO EUROPEO ¹¹

Si ahora hacemos un sondeo sobre los escritos de algunos obispos europeos y el puesto que en ellos se da al aspecto que nos ocupa, encontraremos que la conclusión es muy semejante a la arriba señalada. Basten algunas referencias significativas.

Los obispos que más han escrito sobre el tema son los obispos italianos ¹².

No sólo la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) publicó un documento sobre «Eucaristía, comunión y comunidad» ¹³, también algunos obispos particulares han tratado directamente el tema, como son C. M. Martini ¹⁴, F. Ruppi ¹⁵... El episcopado francés apenas tiene documentos sobre el tema. El más importante es el publicado con motivo del Congreso Eucarístico de Lourdes: «Jesucristo, pan partido para un mundo nuevo» ¹⁶, junto al que cabe destacar el del obispo B. Panafieu sobre 'La eucaristía' ¹⁷. En el episcopado español sólo encontramos directamente sobre el tema el escrito de Mons. Elías Yanes, *Venid, adoremos al Señor* ¹⁸, y algunas leves alusiones al tratar el tema el domingo ¹⁹. Por su parte, el Episcopado Portugués, tiene alguna referencia al aspecto que nos ocupa en su documento sobre el domingo ²⁰. En este sondeo presentamos la enseñanza sobre

11 No pretendemos tener en cuenta aquí todos los escritos de obispos europeos sobre el tema de la liturgia y los sacramentos. Nos fijaremos sólo en los obispos del Sur de Europa (España, Portugal, Francia, Italia) y en algunos de sus escritos sobre la eucaristía a partir del Vaticano II. Más extensamente en: A. Fonseca Coelho, *Eucaristia e Diaconia nos documentos Episcopais dos Bispos da Europa do Sul* (Univ. Pontificia, Salamanca 1990) (Ad usum privatum).

12 Véase la publicación de estos documentos en, *Lettere Pastorali* (Verona 1981 ss.) (=LP). Citamos los números de esta edición donde se encuentre el documento.

13 CEI, 'Eucaristia, comunione e comunitá', *Lettere Pastorali* (Verona 1983) 805-850.

14 C. M. Martini, 'Attirero tutti a me', *Ibid.*, 915-946.

15 F. C. Ruppi, 'L'Eucaristia al centro della Chiesa', *Ibid.*, 915-946.

16 Congreso Eucarístico de Lourdes, *Jesucristo, pan partido para un mundo nuevo* (Publicaciones de la Abadía de Monserrat, enero 1981). Citamos los números del documento.

17 B. Panafieu, 'L'Eucaristia', *Lettere Pastorali* (Verona 1981) 847-870.

18 E. Yanes, *Venid, adoremos al Señor* (Zaragoza 1989).

19 Documentos episcopales sobre el domingo, *El día del Señor* (Zaragoza 1989).

20 CEP, 'Instrução Pastoral sobre o domingo e sua celebração', en *El día del Señor*, op. cit.

el tema de modo conjunto, y no por separado para cada documento o episcopado, por razón de brevedad expositiva y de material a disposición.

— La diaconía que dimana de la eucaristía tiene su fuente y fundamento en la diaconía de Cristo, de su misterio pascual, expresión máxima del amor trinitario, que es amor liberador del pecado y muerte en nuestro mundo:

«En el momento en que se celebra la eucaristía, toda la vida de la Iglesia está concentrada y como envuelta en el misterio pascual, del que recibe el don de su amor oblativo, y después es enviada por los caminos del mundo, para ser signo de su presencia, y como buen samaritano hacer experimentar a los hermanos la intensidad con que Dios nos ama»²¹.

— La asamblea eucarística es lugar de comunión y fraternidad, espacio de acogida y servicio, germen de solidaridad y estímulo para una acción fraternal y solidaria en la vida. Más allá de las diferencias étnicas, sociales, culturales... «la eucaristía posibilita el formar una sóla comunidad, y ofrece la base para una nueva comunión», incluso en la vida social²²:

«Por la participación y el coro armónico de servicios, la liturgia ofrece una imagen de Iglesia que se construye en todos sus aspectos con la colaboración de todos. Así se prepara también, más allá de la liturgia, a los diversos servicios en el vasto campo del mundo»²³.

— Esta asamblea eucarística tiene especial importancia en el día del Señor o domingo, por ser un día de gozo (*laetissimum spatium*), en el que, superando la monotonía del tiempo ordinario y la «esclavitud» del mismo trabajo, el hombre creyente experimenta la liberación pascual:

«En un mundo racionalizado... la fiesta dominical representa una especie de liberación: la emergencia de lo irracional...»²⁴.

«En una perspectiva más global, iluminada por el evangelio, la suspensión ritual del trabajo tiene un sentido de liberación del hombre de aquello que le condiciona en la tierra, para afirmar su vocación trascendente»²⁵.

21 CEI, n. 47. Cf. n. 39; C. Martini, n. 98; B. Panafieu, n. 54.

22 B. Panafieu, n. 32.

23 CEI, n. 31; E. Yanes, p. 9; B. Panafieu, n. 8.

24 F. Franceschi, *El día del Señor*, en op. cit., p. 139; CEP, n. 3.

25 CEP, p. 128.

— La misma celebración de la eucaristía, actualizando el misterio de Cristo, que es misterio de reconciliación y de paz, no sólo reconcilia a los participantes, sino que también los compromete en un compromiso de reconciliación y de paz en el mundo. Dar y recibir la paz, obliga a convertirse en vehículos de paz para los hermanos²⁶, en «constructores de paz en el tejido socio político de nuestra sociedad»²⁷;

«La Iglesia se hace señal y fermento de paz, cuando los cristianos de distintas razas y lenguas, de distintos países y estados, de diversos bloques y continentes, celebran y viven juntos el misterio de la salvación y de la paz»²⁸.

— Igualmente se destaca cómo la eucaristía implica un compromiso de caridad y comunicación de bienes, por el que ponemos en práctica el ideal del amor a Dios en el prójimo, siguiendo el ejemplo de la comunidad primitiva (Hch 2, 42-46):

«La fracción del pan y la diaconía de la caridad están íntimamente unidas, y, de este modo, la Iglesia perpetúa la presencia del resucitado en su triple don: la palabra, el sacramento y el servicio»²⁹.

Del sacramento nace la caridad, y la caridad se vuelve el mejor sacramento para los hombres. La eucaristía es «alimento de nuestra caridad, haciéndonos entrar en la plenitud del amor que culmina en la pascua de Jesús... Es alimento que produce su efecto de vida cuando nos abrimos al amor del Padre y de los hermanos»³⁰.

La caridad «no se reduce a un amor efímero y pasajero, sino que nos lleva a un constante ejercicio de caridad, a establecer nuevas relaciones... a crear un clima de comunión por el amor, la comprensión, la ayuda a cada hombre... La fraternidad eucarística tiene que llevar a la fraternidad de vida»³¹.

— Esta caridad (agape) se manifiesta y concreta en el servicio al hermano a quien, siguiendo el ejemplo de Cristo, no debemos dudar en lavar los pies con humildad³². La puesta en práctica del amor y la opción preferencial por los pobres y necesitados, se manifiesta

26 B. Panafieu, n. 41, cf. n. 39.

27 CEE, p. 61.

28 CEE, p. 66.

29 CEI, *El día del Señor*, en op. cit., n. 11.

30 E. Yanes, p. 10; CEI, p. 10.

31 C. Ruppi, nn. 60-61.

32 Cf. S. Rosso, 'L'Eucaristia vita della Chiesa-comunione', en *Lettere Pastorali* (Verona 1982) n. 31.

precisamente en este servicio, que supone valorar el «sacrificio del mundo, y elevar sus dolores y miserias a la altura propia del sacrificio refentor de Cristo. Es dar valor al sufrimiento de cada día, y hacer despuntar en este valle de lágrimas la aurora de la resurrección y de la gloria»³³.

Y es que «quien vive la eucaristía y transforma su propia vida según el modelo de Cristo, no puede dejar de repetir aquello mismo que Jesús hizo en su vida terrena: ir de un lugar a otro haciendo el bien..., servir con alegría y constancia... convirtiéndose en hostia viva para los hermanos»³⁴.

— Con otras palabras, el que se identifica con Cristo en la eucaristía, no puede no identificarse con el pobre y necesitado en la vida, extendiendo el sacramento de la eucaristía en el sacramento del pobre:

«El pan compartido nos transforma en hombres dispuestos a compartir. Así la comunidad eucarística viene a ser una fuerza de transformación del mundo, como la levadura que hace fermentar la masa.

La solidaridad tiene una dimensión sacramental, hasta poder hablar del 'sacramento del pobre', ya que no se puede estar unido a Cristo y permanecer alejado de los hombres que tienen hambre y sed, que son extranjeros, débiles y desarmados ante los que los explotan...

Es imposible celebrar el misterio de Cristo pobre, manso y humilde de corazón, misericordioso, artífice de la paz y que sufre persecución por la justicia, sin convertirnos también nosotros a la pobreza, a la mansedumbre, a la humildad, a la misericordia, a la paz, a la justicia. Sin convertirnos también nosotros en 'pan partido para un mundo nuevo', a causa de este misterio de fe que se realiza en el amor, y que viene a transfigurar cada día nuestra humanidad»³⁵.

— Pero, no basta sólo esto. El que se compromete en la caridad con el pobre, también tiene que comprometerse con él en la justicia. La eucaristía, memorial del sacrificio liberador y reconciliador de Cristo, debe ser también exigencia para un sacrificio liberador del que padece la injusticia y la opresión, y para una acción reconciliadora con el que sufre la división o el odio. El grito contra la injusticia que supone la muerte del Gran Justo en la cruz, debe resonar y expandirse por parte de aquellos que participan en la

33 C. Ruppi, n. 71.

34 C. Ruppi, n. 71.

35 congreso eucarístico de Lourdes, *Jesucristo pan partido...*, cap. VII. 3.

eucaristía. Entre las muchas expresiones al respecto, transcribimos algunas más importantes:

En el misterio pascual «desemboca y se consolida para siempre el gran movimiento de la redención, por el que Dios nos libera y nos reconcilia...».

«Al conmemorar lo que Dios hace por nosotros en la Pascua de su Hijo, la Iglesia se sitúa ante sus responsabilidades... Participar en el don de Dios exige de nosotros compromisos bien precisos. Puesto que Cristo nos libera en lo más profundo de nuestra existencia, tenemos la misión de participar en la liberación de nuestros hermanos... tendiendo al mismo fin y utilizando los mismos medios... apartándonos de la esclavitud del dinero, del éxito, del trabajo, del poder, esforzándonos en cambiar las condiciones de vida sociales o económicas que obstaculizan la verdadera libertad y la verdadera justicia, oponiéndonos a los que hacen de la violencia, la mentira o el abuso del poder instrumentos de dominación... Celebrar la eucaristía en la verdad de Cristo lleva a la Iglesia a ser, en toda su existencia, sacramento de liberación para los hombres... a ser sacramento de reconciliación para todos»³⁶.

— La celebración de la eucaristía conduce, pues, a una existencia cristiana toda ella unificada en el misterio del amor, la entrega y el sacrificio por los demás, a imitación de Cristo. Esta unificación vital es lo que capacita al cristiano para el respeto, el diálogo, la solidaridad, la unidad, el perdón, el servicio y, en una palabra, el testimonio:

«Es típica en el hombre de hoy la fragmentariedad... Sus conquistas son parciales. El sentido global permanece en la sombra, y en él se percibe una preocupante desorientación». La eucaristía lleva al encuentro con Cristo, con el misterio unificante del amor de Dios³⁷.

La Iglesia que celebra la eucaristía «no puede dejar de comprender que, como su Señor, está llamada a dar testimonio incansablemente, incluso a costa de su vida, de una verdad liberadora... se siente entonces solidaria con el pueblo demasiado numeroso de los hombres explotados, oprimidos, torturados, de los pobres que tienen hambre de pan, pero también de verdad, de libertad, de confianza y de paz, y que son como ella imagen de Cristo»³⁸.

— Y si todo esto es así, debe afirmarse en verdad que la eucaristía es al mismo tiempo reunión y misión, unificación de la per-

36 Ibid., cap. IV, B, 1 y Cap. IV, C, 1-2. Cf. CEI, nn. 106-107.

37 C. Martini, n. 51; E. Yanes, p. 10.

38 Congreso eucarístico de Lourdes. *Jesucristo pan partido*, cap. VII, 1.

sonalidad cristiana para la transformación en la vida cotidiana. Así se afirma en diversos lugares:

«Una comunidad que se deja realmente formar por la eucaristía comprende, sobre todo, que Jesús quiere atraer a sí a todos los hombres... Por eso se siente enviada por Cristo a cada hombre, no está en paz hasta que el evangelio de la Pascua no haya alcanzado a todas las situaciones humanas»³⁹.

La eucaristía «no libra a los cristianos de su lucha por los derechos humanos, por la justicia y por la paz. Al contrario, sitúa este compromiso en su verdadera dimensión y su auténtica finalidad. Prohíbe el pesimismo y la desilusión ante la lentitud de las transformaciones personales y sociales. Suscita la superación y la esperanza en los abatidos»⁴⁰.

«Liberados y reconciliados por Dios, ¿cómo no lucharemos juntos para que los hombres vivan libres y reconciliados? En este compromiso histórico y concreto de la vida diaria, es donde se verifica la práctica eucarística. Este comportamiento diario derivado de la eucaristía, podemos llamarlo 'ética eucarística'. Así aparece la eucaristía como la referencia fundamental de la Iglesia en su misión, mientras trabaja en la transformación del mundo a la espera del retorno de Cristo»⁴¹.

Concluyendo, podemos decir que, aunque ningún escrito episcopal de los examinados está dedicado directamente al tema de la eucaristía en su dimensión social, algunos de ellos lo tienen muy en cuenta. Destaca entre todos el del Congreso Eucarístico de Lourdes, y los escritos de Mons. Ruppi y Panafieu. No es mucho en verdad, para lo que podría haberse esperado, dada la importancia del tema, y la actualidad de que disfrutaba en la etapa que hemos examinado. Los aspectos que se tocan tienen una gran coincidencia con los que vimos aparecer en Pablo VI y Juan Pablo II: unidad, caridad, justicia, paz, reconciliación, necesitados, liberación... No faltan expresiones realmente felices, como la del «carácter unificante» de la eucaristía, que conduce a una unificación de personalidad y compromisos en el cristiano (Martini); o la de la «ética eucarística», que lleva al cristiano a vivir un estilo de vida cotidiano alimentado por la misma eucaristía (D. de Lourdes). Entre todos, es el documento de Lourdes el que más en cuenta tiene la «teología de la liberación» y las expresiones «liberadoras».

39 C. Martini, n. 45.

40 B. Panafieu, nn. 28, 30.

41 Congreso eucarístico de Lourdes. *Jesucristo pan partido*, cap. VII, 3.

6. CONCLUSION COMPARATIVA

Esta breve referencia, si bien no pretende deducir conclusiones definitivas, sí permite extraer algunas consecuencias fundamentales sobre la conciencia teológica y la recepción doctrinal de la dimensión social de la liturgia en los más importantes documentos del Magisterio actual.

— El *Vaticano II* supuso en su conjunto una integración más equilibrada del elemento socio-político en la misión y tarea global de la Iglesia. El esfuerzo de la Iglesia por renovarse e insertarse en el mundo, para promoverlo hacia sus mejores valores en relación con el evangelio, implicaba también una atención especial a todos los aspectos sociales. Sin embargo, este aspecto no estuvo presente ni alcanzó una integración equilibrada en el interior de la renovación litúrgica sacramental. El «desnivel social» entre los diversos documentos llama la atención.

— La *Sacrosanctum Concilium* no hace sino esporádicas alusiones a este aspecto, poniendo el acento en la unión entre liturgia (culmen et fons) y vida, cuando habría podido esperarse alguna alusión más explícita al punto que nos ocupa. La *Lumen Gentium*, que podía haber integrado este aspecto de forma más elocuente en la misión de Cristo y de la Iglesia, sólo se fija en la unión de la «liturgia existencial» con la celebración litúrgica. La *Gaudium et Spes*, estando directamente dedicada a tratar de la presencia y compromiso de la Iglesia en el mundo, podría haber incidido de forma significativa en el aspecto social de la liturgia y del compromiso litúrgico; pero no hace sino aludir levemente al «sacrificio espiritual» de los cristianos. El documento que más explícitamente trata esta dimensión social es el Decreto *Apostolicam Actuositatem*, poniéndolo en relación con el apostolado de los laicos que, fundado en los sacramentos del bautismo y la confirmación, lleva al cristiano a un compromiso extensivo a todas las áreas de la ciudad secular, entre las que está el trabajo, la justicia, la familia, la política... En cuanto al Decreto *Ad Gentes*, aún no tratando directamente este punto, se preocupa, como es lógico, por destacar el puesto de la liturgia y los sacramentos en la evangelización e iniciación cristiana. En resumen, en el Vaticano II contrasta la riqueza social de algunos documentos con la pobreza social de otros, como si no hubiera existido una «real comunicación».

— Respecto a los *Papas Pablo VI* y *Juan Pablo II* hay que decir que mientras Pablo VI manifiesta una especial sensibilidad en esta dimensión social de la liturgia, y sobre todo de la eucaristía, Juan Pablo II la expresa menos frecuente y explícitamente. Son pocos los escritos, discursos u homilías de Pablo VI sobre la eucaristía o las

festividades eucarísticas, en que no se conexe el misterio con la vida, o la celebración con el compromiso, o la comunión en el pan con la comunión con el pobre, o la fraternidad de la asamblea con la caridad al prójimo, o el amor eucarístico con el «amor social», o la comunicación interna con la «sociabilidad externa».

Juan Pablo II, si bien ha tratado en algunos de sus escritos diversos temas eminentemente sociales y humanos, y cabría esperar en ellos una explicitación de nuestro aspecto, sin embargo las referencias y aplicaciones directas, aunque no faltan, son más bien escasas. Se fija sobre todo en la unión de la vida en general con la eucaristía y viceversa, siendo especialmente elocuente su enseñanza sobre el «estilo de vida sacramental» que debe desprenderse de la participación en la eucaristía. En el mensaje a los haitianos resalta la insistencia del Papa en unir la eucaristía con el necesario compromiso por «el cambio social», en correspondencia con la verdad, caridad y justicia que proclamamos en la celebración. Y en la *Christifideles Laici* es importante cómo destaca el fundamento sacramental del compromiso evangelizador de los laicos, que debe llevarles a una presencia activa en todas las realidades de la vida.

— *La Conferencia Latinoamericana de Puebla* también es una sorpresa respecto a nuestro tema. Partiendo de una situación social muy llamativa, estando influenciada por la teología de la liberación, expresando sus compromisos por la transformación socio-política, empeñándose en una evangelización real con todas sus consecuencias... Sin embargo, manifiesta una enorme pobreza en el desarrollo de la dimensión social dentro y a partir de la liturgia y los sacramentos. Aparte de algunas afirmaciones generales al respecto sobre la «liberación cristiana integral», sobre el necesario «compromiso social y evangelizador», y sobre la «función evangelizadora» de la misma liturgia, no se dice nada explícito sobre nuestro tema.

— El *Episcopado de la Europa del Sur*, si bien ha sacado algún documento colectivo (CEI) y algunas pastorales individuales significativas sobre la eucaristía, en ningún caso están dedicadas directamente a nuestro tema. La forma como tratan la dimensión social, y la presencia que le asignan es muy diferente según los casos. Es verdad que no faltan afirmaciones importantes sobre la unión de la eucaristía con la vida, con el sacrificio espiritual, con la caridad real, con la igualdad y la justicia, con la solidaridad y la liberación, con el servicio y la entrega por los demás, con la reconciliación y la paz, con la unidad y comunión... sin embargo, se percibe una falta de concepción y convicción social al respecto; una carencia de sensibilidad sobre la importancia de un desarrollo y expresión equilibradas de este aspecto en el interior de la misma celebración. Casi siempre se habla del «movimiento» eucaristía versus sociedad, y casi nunca se tiene en cuenta el «movimiento» sociedad versus eucaristía.

— Como es lógico, esta sensibilidad y concepción se manifiesta en la misma estructura, en la expresión ritual y oracional de la celebración litúrgica, y en especial de la celebración de la eucaristía. Un análisis de este punto nos llevará a las mismas conclusiones. Creemos que, si se quiere difundir y promover la conexión de la celebración litúrgica con la acción social en la vida, es preciso que este aspecto aparezca reflejado suficientemente en el conjunto simbólico, en la estructura dinámica, en la variada eucología de la Iglesia. Sólo así podrá ser plenamente verdad que debemos realizar en la vida, lo que ya hemos expresado en el culto.

DIONISIO BOROBIO

SUMMARY

The present work studies the «social dimension of the Liturgy and the Sacraments» in the documents of Vatican II, in the teachings of Pope Paul VI and Pope John Paul II, in the Document of Puebla, and in some of the Documents of the European Episcopate. From a selection and analysis of the texts, the author arrives at the conclusion that there exists a varied ecclesial awareness in the matter of the relationship of life to liturgy, of society to sacrament, of Eucharist to charity and justice. This 'imbalance' and even 'deficit' of awareness, the aspect treated in the article, would explain the limitations of liturgical renewal.